

Gula/anorexia.

La gula: un problema de fronteras o “un tranvía llamado deseo”

Lucia Raphael

Abordo el autobús numero 32 en la estación de salida. Recorro la ciudad casi por entero. Todos los asientos del camión están vacíos; escojo un buen lugar pegado a la ventana, una segunda fila para dos personas. Durante las primeras paradas aprovecho el asiento de al lado para poner mis libros y mi sombrero, nada es más incomodo que andar cubierta hasta la cabeza, vistiéndome y desvistiéndome de todas esas capas (*de cebolla*) que cargo y que no me permiten nunca sentir una temperatura media: en exteriores demasiado frío, en interiores demasiado calor. Sentada en mi lugar, sé que sobrepaso la frontera del asiento contiguo. Es una sensación angustiante que aumenta en el invierno con el abrigo. Esto me hace estar muy atenta a la persona que se sentará a mi lado, sobre todo en un trayecto largo como éste. Saco mi revista, el número del *Magazine litteraire* consagrado por entero a la melancolía. Caigo al azar en una entrevista a Julia Kristeva en la que explica su perspectiva de la melancolía. Sólo los melancólicos, aquellos que han pasado por ese estado pueden hablar de ella. ¡Eso digo yo!, pienso mientras leo: “Cuando Eros significa creación de lazos, Thanatos o pulsión de muerte quiere decir desintegración de lazos, ruptura de circulación, comunicación relación con el otro [...]. Una parte importante de mi libro, —afirma la escritora— está consagrada a la depresión femenina; más frecuente, y en cierta medida más difícil de superar en razón de la adherencia muy seguido insuperable de una mujer frente a su madre [...]”.¹ Sube al autobús una mujer de edad, de complexión media. Recojo mis cosas del asiento para

¹ Grisoni, Dominique Antoine, “Un entretien avec Julia Kristeva, Les abîmes de l’âme” *Magazine Litteraire: Les écrivains et la mélancolie, mal de vivre, spleen et dépression*, octubre-noviembre, 2005, pp. 24–28. Traducción libre.

ofrecérselo. Demasiado tarde, localizó uno en la parte delantera. Miro a un hombre, quien a su vez me mira, hago un gesto de disculpa por no haberlo hecho a tiempo y regreso a mi lectura.

Metida en la revista, siento venir una figura enorme, una mujer de edad, grande, con una presencia imponente. Una vieja bien plantada, de cabellos blancos que me recuerda en algo a mi abuela materna. Tienen el tipo, el garbo, el estilo... ¡Qué sé yo!. Camina con un bastón de madera y mango de plata, tiene el cabello recogido con un broche antiguo, pero no está perfectamente peinada, algunos cabellos se le escapan del chongo, es más baja que mi abuela y más gorda. La mujer enguantada se acerca al lugar vacío, se balancea en el escalón y se acomoda ocupando el espacio con demasiada fragancia (casi podría decir violencia). Sus piernas, sus nalgas y su volumen todo empujan los míos. La revista se me sale de las manos; casi a punto de perderla, se cierra y alcanzo a atraparla en el aire. Ella no se inmuta y pienso "Necesitaba una pasajera más flaca". Mi primera reacción es confusa, una mezcla entre ternura filial y desconcierto, como si dijera para mí misma "Sé feliz, es como tu abuela". Bajo esa extraña identificación con la mujer, decido tomar con filosofía el nivel de aplastamiento que comienzo a recibir, como intentando llevar el fardo con placer. Ella va tomando espacio, yo se lo cedo al principio amablemente. Sigue empujando, discretamente, yo recorro mis pies unos milímetros, pero es inevitable, nuestras masas se confunden; sentimos, con disgusto por ambas partes, el calor del cuerpo de la otra pasajera. Es desagradable; sin embargo, ni siquiera existe la posibilidad de levantarme. La anciana debe andar en los setenta y nueve, y tiene un problema de cojera. Ni siquiera me planteo pedirle que me deje pasar para buscar otro espacio. Además, faltan tres cuartas partes del camino y el autobús ahora está repleto.

Al principio busco entrar en contacto a través de un gesto, una sonrisa, un movimiento. Tiene la cara seca, seria, enojada. Después de los primeros quince minutos de apretujamiento y de cesión de territorios, comienzo a perder la endeble ilusión creada por mi extraña asociación, me siento exasperada por el calor del hacinamiento. La barbilla me suda hasta crear gotas, lo mismo ocurre en el espacio que se encuentra entre la boca y la nariz. Me paso la mano desenguantada por la cara. Mi vecina de asiento aprovecha el movimiento para expandirse unos milímetros más. Todo ilusorio. En realidad nuestros volúmenes están en coalición, desde que se sentó a mi lado, aplastándose mutuamente. La mujer tiene el tipo de una abuela alemana. Dejo a mi abuela de lado y comienzo a pensar en Hansel y Gretel. Imagino

un departamento viejo, frío, elegante y sobrio en cuya mesa hay un strudel de manzana, un pavo al horno relleno, cerveza, salchichas y *choucroute* listos para que la señora, que ya no quiero que se parezca a mi abuela, se los coma. Trato de concentrarme en mi revista. Lo logro a medias. Doy vuelta a la página, caigo en otro texto y sigo palabra por palabra para tomar el hilo: "El complejo de *sevrage* (destete) representa la forma primordial del imago materno [...]. Tocamos aquí al complejo más primitivo del desarrollo psíquico, a ése en particular, que se compone de todos los complejos ulteriores [...]. De hecho el *sevrage* (destete) por cualquiera de la contingencias operatorias que él comporta, es comúnmente un traumatismo psíquico cuyos efectos individuales, anorexias llamadas mentales, toxicomanías, por la boca, neurosis gástricas, revelan sus causas al psicoanálisis".² Ya no se trata de Kristeva, de pronto es un texto de Lacan el que aparece en mi revista. Sorprendida doy vuelta a la página buscando una lógica, no la encuentro. Un cuadro de la exposición "La melancolía" aparece flagrante y hace retroceder a la mujer en su apropiación del espacio. Es un alivio. Como vampiro frente a crucifijo, la mujer impresionada por una representación de *San Antonio acosado por los demonios*, un anónimo de 1520, me regala unos segundos de respiro. No quiero dar vuelta a la página, aprovecho el efecto causado para tomar aire. ¡No puedo creerlo! Sigo con el texto que me obliga a pasar la página de nuevo, ¡sorprendente, la mujer regresa sobre el territorio cedido! Divertida hago como si no hubiera entendido lo que leía y regreso al cuadro. Extiendo completamente la revista para que se vea bien claro. No sé si es cierto o no, pero siento que la mujer vuelve a echarse hacia un lado. Desgraciadamente me interesa más el texto en cuestión que el experimento con la masa atacadora. De todos modos, tampoco hay pretexto suficiente para dejar el crucifijo expuesto frente a drácula en un autobús.

Como buena obesa, la mujer blande su gordura como una discapacidad, que le permite tener ciertas consideraciones frente a los otros. Su edad le da una doble consideración, pero la violencia de su apropiación del espacio es flagrante. Yo sé que puedo llegar a utilizar esa lógica, a veces más fuerte que yo, pero por una programación contraria a la norma yo blando mi violencia contra mí misma. Es una forma de neurosis, lo sé. Siempre me he explicado mi relación con el espacio a partir de mi percepción de gemela "eternamente invadida". Aun cuando camino por la calle o cuando me sien-

² Lacan, Jaques, *Autres écrits*, Editions du Seuil, París, 2001, pp. 23-44. Traducción libre.

to en el metro en los asientos plegables, sufro infinitamente por estar ocupando el espacio del de al lado. En este caso hay algo de lucha de titanes. Dos gordas imponiendo sus volúmenes como defensa de sus espacios vitales.

Retomo la lectura de esta revista que parece perder los pies y la cabeza. Del complejo de *sevrage* (destete), Lacan pasa al complejo de intrusión: "Si nos referimos al hecho de que este estado se caracteriza por transformaciones de la estructura nerviosa, suficientemente rápidas y profundas para dominar las diferenciaciones individuales, comprenderemos que esta condición equivale a la exigencia de una similitud entre los sujetos. Y aparece que la imagen del otro está ligada a la estructura del cuerpo propio y más especialmente a sus funciones de relación, por cierta similitud objetiva" ¡Ahaa!, pienso casi en voz alta.

El encuentro con la abuela alemana me impide seguir leyendo. Regreso a mi análisis de su condición de abuela y de obesa. Me hace pensar en que lleva más tiempo que yo ejerciendo esa omnipresencia arrolladora del espacio. Todo esto me obliga a ceder doblemente. Me siento angustiada. Sé que esta manera avasallante de imponerse me provocó ese ambiguo sentimiento de adopción y de ternura, como si este sentimiento fuese lo más cercano a la idea de amor que conozco.

Observo triunfante que nos acercamos poco a poco a mi bajada. Ruego porque la mujer se baje algunas paradas antes que yo. Sigue incólume a mi lado quitándome el aire. Comienzo a prepararme. Guardo la revista de mis defensas (ésta que tiene lógica del país de las maravillas). Me sé irritada. Atribuyo mi estado a eso que Kristeva define como una de las características clásicas de los melancólicos. Me pongo el sombrero y tomo mis libros en la mano haciendo el gesto para bajarme. Decido levantarme una estación antes para evitar problemas. La mujer finalmente entiende. Dice algo así como "Nos vamos a bajar", yo asiento, la mujer se levanta efectivamente, pero se queda en el pasillo sin dejarme pasar, asume, no entiendo por qué, que esa no es mi bajada y me deja atorada en el asiento, decide por mí. Yo me sorprendo y me enojo, pero no hago nada. Para poder bajar en mi parada salto por uno de los brazos del asiento porque la mujer no se mueve; finalmente avanza delante de mí y baja en mi propia estación. Ya afuera, el frío sobre mi cuerpo, aunque pesado, abrigado, enguantado y finalmente cansado, me sabe a gloria. Despotrico en el camino donde nadie me oye. ¡Cómo hay gente!, digo como si eso me regresara algo. Llego a mi casa sola y nos preparo algo de comer. Nos sirvo porciones como para un batallón y como por las dos, nos como a ambas ●